

Maillard Álvarez, Natalia (ed.). *Books in the Catholic World during the Early Modern Period*. Leiden: Brill, 2014, 240 pp., ilustr.

Pocos inventos se difundieron tan rápidamente en el mundo europeo como la imprenta. En la segunda mitad del siglo XV, talleres tipográficos existían en numerosos centros urbanos, algunos de ellos asociados a importantes instituciones laicas y religiosas. Los contemporáneos vieron en la imprenta un excelente medio para la difusión del conocimiento, una fuente de lucrativos ingresos y un medio de propaganda al servicio del poder. Aunque el título de la presente compilación anuncia que trata acerca de la historia del libro en el mundo católico entre los siglos XV y XVIII, en verdad también incluye una región no católica: la colonia africana del Cabo, parte de los dominios ultramarinos de los holandeses.

El libro consta de siete ensayos de materias y enfoques muy diversos. A pesar de la heterogeneidad de esta compilación, para su mejor comprensión es posible estudiarla a partir de tres ejes temáticos: la producción, la circulación y el consumo libresco. Al primer eje temático corresponderían los ensayos de Stijn Van Rossem y Pedro Rueda Ramírez; al segundo, el de Bianca Lirdorfer; y al tercero, los de Rafael Pérez García, Natalia Maillard Álvarez, Idalia García Aguilar y Adrien Delmas. Veámoslos con detenimiento.

En la geografía del libro europeo, Amberes tuvo un lugar privilegiado desde fines de la Edad Media. Centro de un activo comercio textil y financiero, favorecida por sus rutas fluviales, sobresalió asimismo por albergar importantes empresas editoriales, entre las que destacaron las de Plantin, Moretus y Verdussen. Las actividades comerciales de esta última, en la segunda mitad del siglo XVII, son materia de análisis por Stijn Van Rossen en un bien documentado estudio. La familia Verdussen, recuerda el autor, fue una de esas dinastías de impresores que se inició en el negocio editorial después de 1585 y cuyos intereses sintonizaron con los ideales militantes de la Iglesia católica, necesitada de hacer frente a los avances del Protestantismo. En la lucha contra el enemigo ideológico, los libros debían jugar un rol central. Ciertamente, independientemente del valor de su contenido, el libro es una mercancía

y los libreros, hombres de negocios. Como tales, los Verdussen crearon una extensa red de contactos comerciales que se extendía por Flandes, Brabante, Alemania y Polonia, entre otras regiones del Viejo Continente. En la segunda mitad del siglo XVII, los envíos de libros de esta poderosa familia se extendieron al mundo ibérico. Los vínculos de los Verdussen con comerciantes establecidos en Sevilla les permitieron incursionar en el mercado americano.

Una de las estrategias económicas de la familia Verdussen consistió en la publicación de catálogos de libros con miras a mejor promover sus ventas. Algunos libreros peninsulares siguieron su ejemplo. Uno de ellos fue Diego Cranze, quien publicó en 1680 en Sevilla, un *Catalogus librorum o memoria de los libros de todo género de facultades*. El contenido de este texto y la trayectoria de su gestor son estudiadas en detalle por Pedro Rueda Ramírez. Las actividades de los libreros, como las de otros comerciantes, estaban sujetas a múltiples contrariedades: pérdidas, competencia desleal, naufragios, robos y fraudes. No obstante todo ello, acceder al mercado americano constituía un fuerte atractivo para aquellos hombres deseosos de enriquecimiento y bien valía la pena correr todos los riesgos. Una vez en la Nueva España, Cranze tuvo que padecer la confiscación de parte de su cargamento de libros por el comisario del Santo Oficio en la ciudad de Puebla.

Es conocido que, a pesar de los temores que generaba el celo vigilante del Santo Oficio, los libros viajaron enormes distancias por los medios más diversos. Los patrones de circulación de libros en las esferas aristocráticas austríacas durante el siglo XVII es tema del apasionante ensayo de Bianca Lindorfer. El estudio de la constitución de colecciones privadas de libros le permite a la autora reconstruir las redes del intercambio libresco y argumentar que aquellas no solo sirvieron a la instrucción, sino que —de manera similar que las pinacotecas y gabinetes de curiosidad— la propiedad de las bibliotecas significó para la aristocracia parte de un programa de autorepresentación, en el que se conjugaron la idea de la preeminencia cultural, la curiosidad intelectual y la figuración social.

La intensa circulación de textos en la *communitas christiana* europea fue esencial en la gestación de la espiritualidad castellana durante los

siglos XV y XVI de acuerdo con la tesis del extenso y erudito ensayo de Rafael M. Pérez García. Contrariamente a la perspectiva de una cierta historiografía nacionalista algo obsesionada por ver el misticismo castellano como un fenómeno propiamente español, Pérez García sostiene que este último fue posible porque hombres y mujeres españoles tuvieron acceso a un mismo corpus de literatura espiritual cristiana, heredada de la Antigüedad y enriquecida a lo largo de la Edad Media, y también debido a que los procesos de reforma religiosa, que nutrieron la espiritualidad castellana, se dieron al interior de las más importantes órdenes religiosas en Portugal, Aragón, Italia, Francia y los Países Bajos.

Los libros circularon en el Viejo Continente por rutas terrestres y marítimas, y la expansión europea en el Atlántico hizo posible que numerosos textos impresos en los principales centros editoriales de Francia, España, Portugal, Italia, Alemania y los Países Bajos llegasen a la Nueva España. La presencia de la literatura del Renacimiento italiano en algunas bibliotecas de las ciudades de Sevilla y México entre 1560 y 1630 es ilustrada por Natalia Maillard Álvarez.

Las bibliotecas en la Nueva España son notables muestras del desarrollo de la cultura letrada en ese virreinato, desarrollo que fue posible gracias al comercio trasatlántico, la fundación de colegios y universidades y la prosperidad económica. La Inquisición, siempre temerosa de la propagación de la literatura prohibida, puso especial cuidado en la vigilancia de dichas colecciones, en particular cuando eran puestas a la venta después de la muerte de sus propietarios, tal como lo expone Idalia García Aguilar. Se trataba de evitar la lectura de obras proscritas por la normativa del Santo Oficio. El interesante estudio de García está basado en el rico y extenso Ramo de la Inquisición existente en el Archivo General de la Nación, en la Ciudad de México, un fondo documental realmente excepcional.

Más allá de las fronteras del orbe católico, en la colonia holandesa del Cabo, también circularon los libros. Adrien Delmas muestra cómo los libros procedentes de los principales centros editoriales del norte de Europa, en particular Ámsterdam, llegaron a manos de los lectores que habitaban aquella posesión holandesa en los confines de África, y que ello hizo posible la formación de grandes y variadas bibliotecas. Joachim

von Dessin, por ejemplo, logró reunir una colección de 3856 volúmenes que, en 1761, por disposición testamentaria, donó a la Iglesia Reformada Holandesa con el encargo de establecer una biblioteca pública. Delmas sostiene que la posesión de libros entre los colonos europeos en el Cabo no fue una excepción, como con frecuencia se ha escrito, sino la norma.

No obstante las prevenciones de los poderes constituidos y las limitaciones impuestas por las economías y los procesos históricos locales, tanto en el mundo católico como en el protestante, los libros circularon de unas manos a otras, fueron leídos y anotados, y en sus recorridos dejaron huellas en los lectores. Esta valiosa compilación de ensayos pone en evidencia cuán fascinante puede resultar reconstruir la historia del libro y la lectura en diversos ámbitos culturales y geográficos.

Pedro M. Guibovich Pérez

Pontificia Universidad Católica del Perú

Aguirre, Carlos. *La ciudad y los perros: biografía de una novela*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2015, 316 pp., ilustr.

El creciente número de estudios dedicados a la obra, ideas e inclusive vida de Mario Vargas Llosa publicados desde que este recibiera el Premio Nobel de Literatura en el año 2010 sirven como prueba de la vigencia del octogenario novelista peruano. Dentro de esta montaña de libros destaca la reciente monografía de Carlos Aguirre, *La ciudad y los perros: biografía de una novela*.

Aguirre menciona una serie de precedentes para su estudio: monografías sobre el *Ulises* de James Joyce, una antología sobre la difusión del libro rojo de Mao editada por Alexander Cook y *La historia del Capital* de Francis Wheen, cuyo título original, *Marx's Das Capital: A Biography*, probablemente inspiró el de la obra reseñada. Yo añadiría a esta lista *Portrait of a Novel: Henry James and the Making of a Masterpiece* del crítico literario Michael Gorra, pues tanto Gorra como Aguirre estudian